

1.° de Diciembre de 1907. Año IV. N.° 95.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

También en Inglaterra...

Cuando se habla de intransigencias doctrinarias, de procedimientos de dureza, de crueldad y de inflexibilidad y falta de respeto á la dignificación humana, los sociólogos, los pensadores modernistas, los apasionados por el progreso y las ideas liberales, presentan siempre como encarnación viva de aquellos punibles rigores á la Iglesia católica, y muy singularmente á una de sus formas de expresión en los pasados siglos: la temida y famosa Inquisición, para la que suena bien toda censura.

Reverso de esta medalla, suma y compendio de todas las libertades, hospitalidad de todos los derechos y amparo de todos los perseguidos es, según estos mismos pensadores y sociólogos, la nación inglesa, á cuyas virtudes debe, dicen, el alto grado de prosperidad que actualmente goza.

Justo es que, sin negar los méritos de cada cual, respondan todos de sus actos buenos ó malos, y no nos empeñemos en hacer resaltar nada más las responsabilidades, sin anotar los méritos, y al contrario, no recordemos éstos tan sólo cuando hablemos de aquellos que tienen en su historia hechos no siempre plausibles.

Inglaterra, como todos los pueblos, ha sido y es intransigente también, aunque la intransigencia suya revista distintas formas y se ejerza de diferente modo: si en la apariencia puede variar, esencialmente no difiere y en prueba de que frente á los martirios y persecuciones de los inquisidores hubo persecuciones de los anglicanos, recogemos el siguiente hecho, que lo demuestra.

Habíanse propuesto los gobernantes ingleses del siglo XVI no permitir la entrada de los jesuítas en el país; decretos reiterados así lo disponían, y como algunas familias extraían del reino á sus hijos para que, fuera de él, se educaran bajo los auspicios de aquellos religiosos, se mandó que los que tuvieran hijos alejados del país lo declarasen y dispusieran su regreso antes de cuatro meses; de no hacerlo así, serían castigados como traidores de *lesa majestad*. Y ya se sabe lo que esto supone, sobre todo en aquellos tiempos.

Por procedimientos más ó menos ingeniosos, uno de los cuales fué fingirse oficial de marina, pudieron los jesuítas entrar en el país para predicar la pureza de la religión católica frente á la anglicana imperante. El primero que cayó en manos de sus perseguidores fué el padre Damail, preso al desembarcar en Irlanda. Encerrado en la cárcel de Limerik, amenazáronle con la muerte si persistía en sostener la supremacía del Papa sobre la del rey, que asumía también la religiosa.

Persistió el jesuíta y se le condenó á muerte. Al ahorcarle se rompió la cuerda antes de que exhalara el último suspiro y en la duda ante volver á elevarle para repetir la operación, ó darla por terminada con un perdón generoso, optaron por el procedimiento más cruel é inhumano que puede concebirse.

Con un cuchillo le abrieron el vientre, y cuando aún palpitaban sus entrañas, con el mismo cuchillo le arrancaron el corazón, y después, su cadáver, que por lo visto no había sufrido lo que demandaba la extensión de sus criminales acciones, fué quemado en una hoguera.

Ciertamente que tan atroz como injustificado suplicio sólo sirvió para enardecer su fe religiosa á otros compañeros, mártires como él de la persecución más despiadada; es verdad que con estos ejemplos es como se extienden las doctrinas y se generalizan las ideas; pero aparte del beneficio que á la postre reportaron á las de la Iglesia católica, viene á confirmar que en punto á intransigencias, todos son iguales y que ha de responder cada una de las que cometiera, que sólo se diferencian todas en que alcanzan mayor número aquellas que están en mejores condiciones para cometerlas.....!

¿Se puede hacer resucitar á una persona?

Hace una media docena de años no se creía posible salvar á una persona ahogada ó asfixiada, en la cual la respiración hubiese estado suspendida durante un espacio mayor de quince minutos.

Es ley general en la ciencia médica que en ciertos casos, la salvación de algunos individuos depende de la prontitud con que se acude al remedio; de ahí que tratemos de popularizar la manera de volver á la vida á los ahogados, á los asfixiados, á los heridos por una descarga eléctrica, casos en que parece que todo intento es tiempo perdido. Porque no lo es así siempre, vamos á exponer de una manera sucinta el procedimiento del Dr. Laborde.

Dicho doctor emplea en las personas que se cree han dejado de existir las tracciones rítmicas de la lengua.

Dice el sabio fisiólogo, que conociendo la relación íntima existente entre aquel órgano y el acto respiratorio, se llega á saber de un modo que no da lugar á dudas, valiéndose de las tracciones rítmicas linguales, si un individuo ha abandonado ó no definitivamente el mundo de los vivos.

Haciendo dichas maniobras entran en juego los nervios de la lengua, acabando por determinar, por la conexión entre ellos, la excitación del centro respiratorio, ó sea el bulbo raquídeo; la excitación es convertida en movimiento al llegar á dicho centro; marchando de aquí por los nervios motores, entrando de nuevo en funciones el diafragma y todos los demás músculos llamados *respiratorios*, que tienen por objeto facilitar la expresada función vital.

El método de las tracciones rítmicas, cuyos resultados completamente satisfactorios han sido comprobados en numerosos individuos, se encuentra al alcance de cualquiera, si bien es necesario que sea persona abnegada, resuelta, de voluntad enérgica y tenga ciertos conocimientos que vamos á dar á conocer.

Supongamos que una pareja del benemérito Instituto se encuentra ante el supuesto cadáver de un infeliz al que se le extrae del río á los pocos momentos de haberse sumergido y que el médico del pueblo más cercano dista mucho del lugar en que se desarrolla la escena; como todo minuto que se deje perder es una probabilidad menos con que tenemos que contar, no hay más remedio que intervenir activamente.

Se empezará por introducir entre los dientes del sujeto una llave ú otro objeto idéntico que sirva para mantener abiertas las mandíbulas.

Hecho esto, se cogerá con fuerza la lengua con el pulgar y el índice, interponiendo un pañuelo para evitar que resbale.

Inmediatamente se empezarán á practicar tracciones fuertes, reiteradas, sucesivas y rítmicas, en número de diez y ocho á veinte por minuto, haciendo lo posible por imitar los movimientos acompasados de la respiración. Si después de practicadas dichas tracciones, en un espacio de tiempo variable, claro es, pero que suele oscilar de una á dos horas, no se nota resistencia alguna al hacer las tracciones linguales, las esperanzas de salvación no deben existir. Sin embargo, se aconseja que el espacio de tiempo sea más largo, se eleve á tres horas, y si entonces no se consigue nada, es que ha fallecido la persona que intentábamos salvar.

Como el procedimiento primitivo del Dr. Laborde (coger la lengua con el pulgar y el índice) es muy penoso para la persona que lo ejecuta, cuando la operación se prolonga por mucho tiempo, como ocurre generalmente, para obviar este inconveniente se han ideado diferentes aparatos, inventados unos por el mismo Dr Laborde y otros por los doctores Dussand y Jaubert; no entramos en su descripción, por no tener ninguna finalidad útil para nuestros lectores.

Dr. Quintana Ruiz.

Policía muerto.

Recientemente ha fallecido el famoso *detective* norteamericano Allan Pinkerton. Dotado de excepcionales condiciones, odiando encarnizadamente á los delincuentes, poseía recursos inesperados y abundantísimos para descubrirlos; con intuición pasmosa adivinaba sus pensamientos, con actividad incansable salíales al paso y con entereza extraordinaria desconcertaba sus siniestros planes. En el vasto Estado norteamericano llegó á adquirir tal relieve su personalidad y tal importancia su oficina, que la seguridad pública no se comprendía sin su intervención, ni había centro policíaco europeo con quien no mantuviera constantes relaciones.

Imposible enumerar sus hechos, tan múltiples como asombrosos; algunos tocaban á los límites de lo novelesco.

Citaremos tan sólo el descubrimiento del autor de un robo de 20 millones de libras esterlinas cometido al Banco de Inglaterra, ya que tenemos en litigio otro robo al Banco de España, aunque la suma robada, con relación á aquélla, sea insignificante.

Meses enteros consagró Pinkerton á la persecución del asunto, harto enrevesado siempre, y todo el mundo desconfiaba de llegar á conseguir el descubrimiento de delito tan escandaloso.

En la poética isla de Cuba, perdida para siempre para los españoles, celebrábase una noche, hace algunos años, espléndida fiesta en casa de un millonario americano. Lo más selecto de aquella sociedad distinguida y riquísima habíase dado cita en los suntuosos salones; nada había comparable en elegancia, en alegría y en buen tono á cuanto allí se congregaba: derroches de esplendidez en todos; mujeres hermosas, hombres representantes de la banca, de la ilustración, de la milicia, las autoridades superiores; todo lo que más valía, allí estaba congregado.

De pronto, aquellas expansiones se detienen; cierto número de individuos entran en los salones inopinadamente y uno de ellos dirigiéndose al dueño de la casa, le dice:

—Justín Bidiwell, queda usted preso en virtud de esta orden.

Era el autor del robo al Banco, y Pinkerton había empleado un trabajo de benedictino hasta obtener la prueba acabada de su culpabilidad.

Si hubiéramos de referir los ingeniosos recursos de que se valió diferentes veces, constituiríamos un libro inapreciable.

El golpe del padre Francisco.

Con este nombre se designa un procedimiento especial con que los ladrones franceses realizan sus fechorías; alguna vez lo hemos explicado, y hoy el grabado lo representa gráficamente, al dar cuenta de un hecho que acaban de realizar.

En compañía de otros dos bandidos, un licenciado de presidio, de veintisiete años, esperaba en una de las calles de París ocasión oportuna para ejercer sus malas artes. Acertó á



pasar Leontina Gud, criada desacomodada, cuando el jefe de los tres se aproximó á ella, la pasó un pañuelo por el cuello, y apretando fuertemente por ambos extremos, que cambió de lugar, se la cargó rápidamente sobre la espalda.

Así la transportó varios metros para llevarla á sitio más seguro donde concluir su hazaña; pero observando que la pobre víctima forcejeaba valientemente para desasirse, la dejó en tierra, reclamando el auxilio de sus camaradas.

En estos momentos se acercó un viejo portador de una balija. Lanzándose el ladrón sobre él, pretendió arrebatársela; á sus gritos acudieron los agentes de seguridad, que á duras penas pudieron apoderarse de la banda.

La desventurada joven, medio estrangulada y desvanecida por el sufrimiento, se halla en grave peligro de perder la vida.

La Meca gitana.

Las costumbres de los gitanos, á pesar del íntimo contacto que con nosotros mantienen, nos son por completo desconocidas. Es evidente que ese pueblo errante vive entre sí en perfecta inteligencia, y que los que habitan en unas y otras naciones se entienden en cuanto se refiere á lo fundamental de su existencia.

Recientemente ha podido averiguarse que en territorio francés, en Camarga (Saintes Maries de la Mer), es donde tienen su corte de los milagros. En ese punto todos los años, en la noche del 24 al 25 de mayo, llegan en gran número á elegir su reina. Reúnense en la cripta de una vieja iglesia romana, donde la leyenda pretende que las dos Marías, hermanas de la Madre de Jesucristo, se refugiaron después de la muerte del Redentor.

Ambas hermanas tenían una criada, llamada Sara, egipcia de nación, y á su memoria los gitanos de todas partes de Europa se reúnen para rendirla una especie de culto; guardan sus restos en una caja y á tocarla y rezar ante ella se juzga obligado todo buen gitano, cuando menos una vez en la vida.

Descuído pagado con sangre.

Esas pobres aventureras, esas desgraciadas, dichas por sarcasmo de la frase, *de la vida alegre*, son cien veces desdichadas, y no sirva esto para cantar las excelencias de una vida que en el fondo odiamos.

Una de tantas, María Guiber, de París, sostenía ilícitas relaciones. Su amante era violento y desconsiderado con ella, y ésta no fiel á aquél.

Sin embargo, iban conllevándose, porque el amante no sospechaba, ó si sospechaba, nunca tubo certeza.

Quiso la pícara casualidad, que es las más de las veces árbitro ciego de nuestros destinos, que estando en su cuarto de costura acompañada de su amante, se le cayese una carta á la pobre María.

Fué á recogerla; pero llegó tarde, pues se le había anticipado él.

La carta no era otra cosa que un billete amoroso dirigido á otro hombre.

La sangre se agolpó á la cabeza de aquél y la anticipó que la iba á matar en el acto: ella lloró, suplicó, se arrodilló; pero todo inútil.

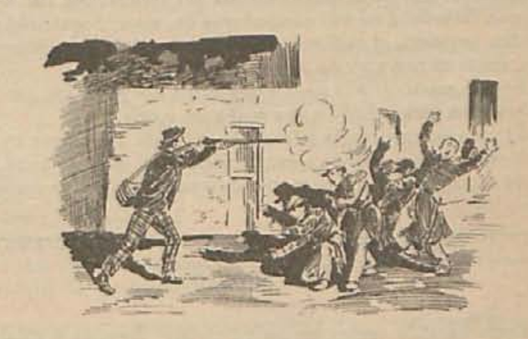
Por esa ley puesta en práctica en estos casos, por la que el hombre se juzga dueño de la vida de la mujer; ley brutal, ley cobarde las más de las veces, él se erigió en juez y verdugo de su propia causa.

La imprudente María fué arrojada al suelo, y unas tijeras que había en el cuarto se las hundió su amante en el vientre, una y otra vez, hasta acabar con la vida de la mujer que él creía amar.

Hay que convenir que si la quería, es muy singular manera de querer, y nosotros afirmamos que si las mujeres hicieran frente, y esto fuera sabido por los *guapos*, no habría tantos.

Bromas caras.

Cuatro soldados, destinados de servicio en la casa central de Poissy, se hallaban bebiendo en un establecimiento de vinos. Dentro se encontraba también M. Lecop, que se dedicaba á tocar el acordeón. Los cuatro soldados la tomaron con él y



éste fingió ceder á las exigencias de ellos, saliéndose de la taberna.

Cuando los soldados á su vez quisieron salir, se encontraron sorprendidos por Lecop, colérico y con un fusil, del que se había apoderado, y con el cual les apuntaba.

La amenaza no era en vano, pues uno después de otro hizo todos los disparos.

Uno de los soldados fué gravemente herido, y poco después fué preso el enfurecido *profesor de acordeón*.

En Rusia cada casa posee, según su importancia, uno ó más porteros, que pertenecen por ese solo hecho á la Policía. Tanto en las ciudades como en el campo, uno de ellos está por la noche de guardia, y para demostrar que vigila sin dormirse, cada hora hace sonar una campanilla que tiene en la mano.

Hallazgo siniestro.

Los avezados en burlar la acción de la justicia para ampararse evitando el castigo, ciertamente que han dado con un plan, ahora forjado en la mente de un recalcitrante criminal.

Veamos el hecho:

A poco de montar en París en el ferrocarril metropolitano M. Dicte, sintiendo un calor molesto se quitó el gabán, dejándole á un lado de su asiento. Su viaje le exigió cambiar de tren en la estación de L'Etoile, y así lo hizo, apeándose por fin, en la de Monceau.



Con la precipitación consiguiente se puso el abrigo, y al paso se le ocurrió meter las manos en los bolsillos.

Un bulto extraño llamó su atención, le sacó y la natural curiosidad le hizo desenvolverle. La sorpresa que experimentó fué seguida de un espanto sin igual: lo que contenía era ni más ni menos que el cadáver de un niño recién nacido.

La que ó el que le metió en el bolsillo de su abrigo *tal regalito*, se ha desentendido del paquete que le comprometía; pero el asombrado caballero no fué corto en presentarse en seguida en la Comisaría dando cuenta del suceso, con los detalles que recordaba de sus compañeros de viaje. Siguiendo una práctica parisién, el cadáver ha sido expuesto en la *Morgue*, para ver si es por alguien reconocido.

Pero á *nosotros nos parece* que van á *ser pocos* los que conozcan á un recién nacido que acaba de morir.

El refinamiento en la perversión es cada día mayor en las grandes capitales. Sólo la ejemplaridad en el castigo sería capaz de contener el daño; pero, por desgracia, no va por ese lado la corriente.

Parricidio.

Lyon ha sido teatro de un parricidio, llevado á cabo en condiciones brutales. La infidelidad de una esposa, estuvo oculta por algún tiempo; pero al fin llegó á noticias del burlado marido.

Clement Mille, al tener noticia de su desgracia, concibió la venganza; pero no venganza airada, noble, en cierto modo considerada, dictada por la violencia, por el arrebato, por los celos, en fin; la venganza que soñara un corazón cobarde, tenía que ser necesariamente acompañada de la traición y de la alevosía.

Acechaba el día y la hora en que encontrara á su mujer profundamente dormida.

Una noche la creyó en este estado y se armó de un martillo. O no estaba *del todo dormida*, ó despertó en el momento de ir á recibir el golpe, ó tal vez, y es lo más probable, el golpe primero no fué tan certero ni enérgico como quisiera el criminal. Lo cierto fué que la víctima, á pesar del atontamiento producido por el martillazo, el instinto por conservar su vida hizo lo que pudo en su defensa.

Entonces el aleve y cobarde marido sacó de su bolsillo una bien afilada navaja de afeitar de la que á propósito iba provisto, y con ella, en repetidos tajos, cortó la garganta de la desgraciada mujer.

Se cebó en ella, pues casi la separó la cabeza del tronco.

La humanidad es cada vez más imperfecta.

Suicida previsor.

Al abrir el correo los pasados días el comisario de uno de los distritos de París, encontró, entre otras cartas, dos que le llamaron extraordinariamente la atención.

Decía la primera:

«Sr. Comisario de Policía: Cuando esta carta llegue á sus manos puede presentarse en el núm. 4 de la calle de Ebelmen, para comprobar allí el suicidio de la familia Michelon: *advierto también, Sr. Comisario, que no entre en la habitación con la luz encendida, para evitar una explosión.*—Firmado: *Pedro Michelon.*»

La segunda decía así:

«Sr. Comisario de Policía: Dispénsenos la molestia que vamos á causarle. Mi marido, afectado de asma aguda, no puede continuar su servicio de guardia de la paz y menos aún hacer ningún otro trabajo; por mi parte, no puedo, aun trabajando cuanto me sea dable, subvenir á las necesidades de cuatro personas; preferimos, de común acuerdo, darnos la muerte y preferimos igualmente llevarnos con nosotros á nuestros hijos, en la esperanza de que serán más felices que de quedar bajo las miserias de la tierra.

Reciba usted, Sr. Comisario de Policía, la seguridad de nuestro profundo respeto.—Firmado: *María Luisa Delfort, Pedro Mauricio Michelon.*»

Presentados en el lugar dicho, todo estaba perfectamente cerrado. Requerido un cerrajero, procedió á la apertura, ya que nadie respondió á las repetidas llamadas; al entrar, el espectáculo más triste se presentó á la vista de todos. El padre, la madre y el niño más pequeño, apenas de dos años, reposaban en la misma cama. La señora Michelon, en un gesto supremo, apretaba todavía al pequeño sobre su pecho, mientras el mayorcito yacía en sitio no muy lejano.

Realmente, sorprende en un suicida, cuyo ánimo debiera estar únicamente preocupado por las causas que le llevaran á tan triste situación, que se cuidara de advertir el riesgo que corrían los que iban á confirmar su muerte; tiene, no obstante una explicación: la práctica de su servicio de guardia de la paz, y la inclinación natural al ejercicio del bien, consecutiva de tal profesión, operan esos milagros.

¡Ejemplo elocuente de lo que puede la educación!

Terrible resolución.

Dentro de lo criminal, aunque siempre mueven á lástima los delincuentes, siguiendo la máxima, pocos casos como el presente enternecen en realidad.

En Poittier, vivía un representante de casas comerciales; su situación era bastante desahogada, y le permitía á M. Touchar, que así se llamaba, hacer vida cómoda en compañía de una sola hija que tenía.

Los negocios vinieron á menos, hasta dejarles en la miseria.

La hija, de carácter bueno y resignado, sufría con paciencia y con su trabajo personal sirviendo de criada, procuraba contribuir á la alimentación de su padre.

Este, por el contrario, melancólico por temperamento y orgulloso de condición, no sufría con paciencia su desgracia.

Mucho debió meditar sobre ella, sobre todo antes de matar á su angelical hija; pero un día, más desesperado que otro, la llamó y sacando precipitadamente del bolsillo un revólver, disparó sobre ella, hiriéndola.

Seguidamente volvió contra sí el arma y se saltó la tapa de los sesos.

Monstruo femenino.

En el mes de marzo último el ingeniero Pressler, de Freiberg, fué encontrado muerto en su domicilio, demostrando las investigaciones judiciales subsiguientes, que se había suicidado disparándose en la boca su propio revólver. Sufría mucho desde algún tiempo antes, y una de esas crisis debió ser la determinante de su desesperada resolución. Dejó un testamento por virtud del cual instituía como heredera universal de su cuantiosa fortuna á su joven prometida, Margarita Beiez, hija del alcalde de la localidad, la cual lloró amargamente su pena.

Pasado algún tiempo, este alcalde fué perseguido por falsedad y malversación, no obstante la fama de honradez que le acompañaba, y cuando iba á ponerse en ejecución el mandato de arresto, se suicidó á su vez. ¿Qué descubrió el reconocimiento hecho en sus documentos y papeles? El resultado de ello fué la detención de su hija Margarita, y con la detención, el conocimiento de algo sorprendente, monstruoso, inconcebible.

Declaró la detenida que habiendo sabido que su prometido se hallaba en cama, enfermo, se presentó en su casa, hablaron un momento y fingiendo Margarita que las miradas de Pressler la molestaban, le propuso como en juego vendarle los ojos. Aceptada esta extraña proposición abrióle una vez la boca para hacerle tomar la medicina que le habían ordenado, pero en lugar del frasco que la contenía, le introdujo Margarita el cañón del revólver, que estaba colocado en la mesilla de noche, y disparó. ¿Por qué? ¿Cuál pudo ser la causa de este crimen? Misterio.

Llegado el momento de la audiencia, el jurado tuvo dudas respecto al grado de responsabilidad de la procesada, por lo que fué enviada á un asilo de alienados, sometida á observación.

Una carta anónima ha descubierto el misterio y ha hecho inútiles las investigaciones de la ciencia. Según esa carta, había sido propuesta una cuestión de derecho al consultorio de un periódico local. Con la firma de *Un fiel lector* se le preguntaba si el testamento ológrafo otorgado por un hombre en favor de su prometida conservaba todo su valor jurídico aunque el testador muriera antes de casarse. La respuesta fué afirmativa. Cuatro ó cinco días después se produjo el pretendido suicidio del ingeniero.

La letra de la carta en que se formulaba tal consulta es, según han confirmado los peritos después de concienzudo examen, de Margarita Beiez.

Con esta prueba quedan contestadas las preguntas anteriores y aclarado el misterio. Pero todavía hay algo más concluyente.

El juzgado ordenó nueva autopsia del cadáver, puesto que la primera se limitó á certificar la muerte por el disparo del revolver, y esta segunda intervención facultativa ha comprobado la existencia en el organismo del cianuro de potasio, veneno que se encontró en un frasco en casa del alcalde. Es, pues, seguro que Margarita lo aplicó primero á su prometido y después hizo fuego como medio más eficaz y rápido.

Faltaba todavía otro descubrimiento más sensacional, hecho en el curso de estas investigaciones posteriores, y que consiste en que el testamento mismo de Pressler está falsificado. Margarita Beier copiaba las cartas de amor que le dirigía su novio, quemaba luego los originales, y sólo conservaba las copias. Empleando tal procedimiento había logrado preparar, á su modo, la autenticidad del testamento, porque la prueba grafológica de los peritos demostró la semejanza de la letra de éste y de las cartas amorosas.

Resulta, pues, hasta la evidencia que tal mujer preparó su hecho con una ciencia que, excluyendo la menor idea de perturbación mental, la presenta como una criminal tipo de una rara perversión moral que deja en mantillas todas las causas célebres cuyo signo caracteristico sea la psicología femenina. Con cinismo sin igual ha confesado que sólo aspiraba desde que le conoció á apoderarse de la fortuna de su prometido, y á ese fin encaminó todos sus pasos.

Confesó igualmente que este crimen lo había cometido á instigaciones de un amante para todos ignorado, y el cual la había obligado á cometer también tres abortos.

Felizmente, estos monstruos sólo aparecen de tarde en tarde.

Ingeniosa sentencia.

La justicia elementalísima y expeditiva de los árabes, de la que en anteriores números dimos cuenta de la forma en que se administraba, contiene sentencias originales y extraordinarias, que no tienen nada que envidiar en profundas y, sobre todo, en lo justas y previsoras, á las que nuestros Tribunales dictan después de tan larga tramitación, de tantos informantes, de tanto dinero gastado y de tantas instancias y revisiones.

Es tradicional la del famoso robo de perlas.

Celebrábase una feria en Marruecos, y uno de los concurrentes quejóse al jerife de que le habían sido robadas seis grandes perlas por otro feriante y agregó que, al pretender rescatar éstas, el ladrón se las tragó, haciendo así imposible el propósito. Negó el acusado, afirmó el acusador y de ese modo mantenían uno y otro sus respectivas manifestaciones ante el juez, sin que, por carecer de testigos presenciales y por no aportar otro medio de prueba, pudiera colegirse de parte de quién se hallaba la razón.

Un juez europeo hubiera buscado procedimientos dilatorios, aceptaría réplicas y dúplicas, vendría un laberíntico informar y los plazos y prórrogas para deducir si lo negro puede ser blanco ó al revés. El árabe lo entendió de otro modo.

Recordando las sentencias salomónicas, ó tal vez las sanchopancescas, y dirigiéndose al querellante le dijo: «Ninguno, por sus dichos, aclara la cuestión; preciso será que por los hechos la aclare yo: se abrirá al acusado el vientre, y puesto que, como tú dices, se ha tragado las perlas y aún no las ha expulsado, allí estarán; pero si no lo están, demostrando con ello su inocencia, entonces será también tu vientre abierto, como castigo á tus embustes.»

Parecieron conformes ambos interesados en este procedimiento de prueba, tendióse el amenazado boca arriba, desnudósele é iba á principiarse á ejecutar lo mandado, entre los temores del presunto ladrón, cuando el juez, con voz solemne, recordó al denunciante que la ausencia de las perlas en el vientre que se disponía á abrir, llevaba, como consecuencia, no lo olvidase, hacer lo propio en el suyo.

El recuerdo fué radical: el temor de que eso sucediese dominó sobre cualquier otro sentimiento, y perdonando, desistió de su demanda.

La idea humanitaria es muy variada.

Gentes pacíficas y amigos de los hombres, después de pasados algunos años entre los árabes, han vuelto transformados, desencantados.

Los americanos del Norte no tienen nada de tontos. Pues bien; jamás, jamás se encontrará un hombre blanco en Nueva York dando el brazo á una negra, y recíprocamente. Es más; si á alguno se le probase que había mantenido relaciones con una negra, sería despiadadamente juzgado por sus compañeros, los cuales establecerían cerca de él el *boycotage*, sea cualquiera la clase á que perteneciera.

Eso de ser todos hermanos es un principio exclusivamente bíblico.

Los americanos tienen razón. Si los anarquistas son locos, los filántropos, en general, son utopistas peligrosos. Nunca ha habido tanta y tan injusta guerra como desde que se celebran Congresos de la paz.



He aquí el gobernador —le dijo Juan de Avila en voz baja.

—¡Oh, Dios mío! ¡es posible!—dijo Esteban; y se puso á buscar en sus demacradas facciones, en su lánguida fisonomía, en sus ojos casi apagados, que apenas podían soportar la luz del día, los notables rasgos del conde de Cevallos.

Este había perdido aquella expresión orgullosa y caballeresca que le distinguía entre los principales señores de aquella época.

Una increíble expresión de amargura contraía sus descoloridos labios.

Sentóse el conde, y los esbirros y los atormentadores tomaron su sitio acostumbrado en las audiencias del Tribunal.

Entonces, mirando Pedro Arbués á los acusados, dijo á la religiosa:

—Levantaos.

La carmelita obedeció, y por orden del inquisidor levantó el velo que hasta entonces había cubierto su rostro.

Juan de Avila se estremeció al reconocer á Francisca de Lerma, cuyo rostro, á pesar de los sufrimientos del calabozo, conservaba una incomparable hermosura. Su vigorosa y vivaz juventud había resistido al aire infecto, al alimento abominable de la Inquisición, á la falta casi completa de movimiento; y su expresiva fisonomía nada había perdido de su aire altanero. Clavó sus ojos negros y penetrantes en el rostro del inquisidor, procurando turbar su conciencia; pero Pedro Arbués había estudiado su papel, y se quedó impasible. Entonces, sin aguardar las preguntas de costumbre, la abadesa de las carmelitas, levantando orgullosamente la voz, dijo.

—¿De qué me acusan?

—De luteranismo—replicó con frialdad el inquisidor.—Debéis aguardar mis preguntas, hermana mía—añadió con dulzura.



Sonrióse desdeñosamente la hermosísima abadesa de las carmelitas, y exclamó con orgullo:

—¡De luteranismo! ¿Y cómo lo probaréis?

—Hermana mía, Dios procura siempre descubrir los crímenes ocultos, á fin de que sean reconocidos y castigados según su justicia.

—Dios no puede haber descubierto un crimen que jamás he cometido—respondió la carmelita con cierto aire provocativo.

—Hermana mía—continuó Pedro Arbués—, sería más conforme con el espíritu de nuestra santa religión confesar vuestro crimen y arrepentiros.

—Esta acusación es absurda—respondió Francisca con un ligero movimiento de hombros.—¿Quién ha pensado jamás en creerme hereje? En fin, ¿quién me acusa, monseñor?

—Este libro encontrado en vuestro convento—respondió Pedro Arbués mostrando la biblia luterana que cogió en el aposento de Francisca el día de su penúltima entrevista.

Francisca reconoció perfectamente la encuadernación de aquel libro que había hojeado con tanto placer con sus favoritas, al momento adivinó por qué infame traición Pedro Arbués se había apoderado de aquel libro olvidado por Catalina, y en medio del profundo estupor que le causó, guardó un momento de silencio, no sabiendo qué responder á una prueba tan convincente, que valía por todos los testigos posibles.

Desde este momento desesperó de su salvación, comprendió bien que si Pedro Arbués no hubiese tenido intención de hacerla perecer, no se habría servido de una prueba tan irrecusable. Viéndose perdida, se resignó á esa situación extrema con gran valor. Aquella mujer sensual, que había amado tanto la vida y pensado tan poco en la eternidad, se desprendió repentinamente, y como por una inspiración divina de este mundo, en el que tantos errores había cometido. Su religión supersticiosa y fanática se iluminó, por decirlo así, en el borde de la tumba; un rayo celeste descendió sobre ella, y quiso acabar su vida por un acto de resignación y de valor.

Levantó lentamente los ojos, que había bajado durante algunos minutos, y mirando al inquisidor con aire á la vez orgulloso é inspirado:

—Monseñor—dijo recalcando cada una de sus palabras—, soy una gran pecadora, y todos los suplicios con que la Inquisición castiga á los relapsos, á los infieles y á los herejes no bastarían para expiar mis crímenes... ¿No es verdad, monseñor?—añadió con una viva y perspicaz mirada que cubrió con imperceptible palidez el rostro de Pedro Arbués.—Castigadme, pues—prosiguió—, castigadme con los más horribles tormentos; pero en este gran acto de justicia, monseñor, no olvidéis castigar á todos los culpables. Recordad que quien sugiere el crimen, peca aún más que el que lo comete. Yo no he pecado sola, monseñor; castigad, pues, también á mi cómplice, y satisfágase la justicia eterna.

—Sólo vos sois acusada—respondió el juez sin mirar á Francisca.

—¡Monseñor!—respondió ella con voz estrepitosa—, ya sé que yo sola sufriré el castigo de mis crímenes, porque, ¿quién se atrevería á acusar á los que han tenido la misión de juzgar á los demás? Yo seré en este mundo la víctima expiatoria; pero allí arriba...

—Que conduzcan á esa mujer á la prisión—interrumpió friamente el inquisidor—; ha perdido el juicio, la oiremos otra vez.

—¡Monseñor!—exclamó Francisca señalando al cielo con un gesto enérgico—; allí arriba hay un tribunal supremo que condena á los jueces prevaricadores. ¡Pedro Arbués, eres un sacerdote infame, y jamás verás la cara de Dios! Hazme morir ahora—añadió—; la justicia celeste sabrá castigar al fraile impúdico y al verdugo inquisidor...

Francisca no pudo continuar; y á una señal de Pedro Arbués, los atormentadares le pusieron una mordaza y le ataron las manos. Dejóse conducir sin oponer la menor resistencia; pero habiendo visto á Juan de Avila, le dirigió una triste sonrisa de afecto y de adiós.

Después atravesó la sala con tanta dignidad como si hubiese estado en medio de sus hermanas en la abadía.

Este incidente causó una profunda emoción en el ánimo de todos los asistentes que no estaban vendidos al Santo Oficio.

(Continuará.)

Quincena criminal.

Honda emoción produjo el abominable crimen realizado por el *Hojalata*. El vicio, la lascivia ó el interés armaron la homicida mano; la imprudencia, el abandono ó la fatalidad hicieron lo demás; dos seres perdieron traidoramente la vida y otros dos pasaron á la completa orfandad.

El asesino huyó, burlando las primeras pesquisas, y ya se desesperaba de poder capturarle, cuando se tuvo noticia de que á sí mismo se había hecho justicia.

Los periódicos, que en esta huída encontraron nuevo pretexto para censurar al Gobierno, más que ocasión para ayudar á la Policía, facilitándola noticias que ayudaran al descubrimiento del culpable, aunque han prodigado tibios elogios á la fuerza de la Guardia civil, no ha sido en la extensión merecida.

Las acertadas disposiciones del teniente jefe de la línea de las Peñuelas D. Daniel Montero, secundadas admirablemente por los cabos D. Juan Cobos Morales y Don Bonifacio López Rojo, y los guardias D. José Recto y Andrés, D. Justo Martínez Sáiz, D. Francisco Conde Blanco, D. Lucas Carrero Moreno y D. José Carbajo Marín, hicieron materialmente imposible la vida del *Hojalata*, quien antes de caer en sus manos, prefirió ejecutarse por sí mismo, en los términos que tan públicos se han hecho.

Nuestro grabado reproduce fielmente la disposición en que quedó al morir.

Este servicio, que ha demostrado que la Guardia civil es una perfecta Policía, será recompensado debidamente.

* * *

Sensible ejemplo de precocidad criminal lo dió también el domingo 16, un muchacho de quince años llamado Antonio López (a) *el Fresquet*, asestando terrible puñalada, sin causa ni razón justificada, á un pacífico transeunte.

«*Con seis meses de cárcel despacho*», es todo lo que se le ocurrió decir como acto de contrición al hacerle cargos por su hazaña. Dentro de nuestro sistema penitenciario y de las sensiblerías en uso, es de temer que se esté incubando un personaje romancesco.

Contra las ánimas benditas.

Si lo que vamos á referir hubiera pasado en anteriores siglos, no faltaría quien lo atribuyese á la intervención divina, seguramente; en los tiempos que corremos, limitamos ya mucho esa intervención; pero como no deja de ser curioso lo sucedido, lo publicamos para que cada uno haga los comentarios que mejor estime.

En una iglesia de Nantes un hombre correctamente vestido fué encontrado muerto, y llamado el médico, comprobó que el fallecimiento obedecía á un ataque apoplético. La sorpresa de los concurrentes fué grandísima cuando al examinar al cadáver se encontró con que tenia en su mano una varita de ballena, cuya extremidad estaba impregnada de cola de pegar. El muerto no era otro que un ladrón de cepillos de iglesia, á cuya operación se dedicaba con la ballena, que introducía por la abertura, y pieza á pieza extraía las existentes en el cepillo. Se vió que los bolsillos del traje contenían una caja de cola y muchas monedas con señales evidentes de haberlas sacado por ese procedimiento.

En España es caso inusitado, constitutivo de delito, el hecho de casarse dos veces el hombre viviendo la primera mujer. En los Estados Unidos, como todo se hace en grande, estas irregularidades tienen que revestir formas extraordinarias. Así es, en efecto.

La Policía acaba de detener en Washington á un antiguo soldado, desertor reincidente, que es marido de treinta y siete mujeres. Aunque confesó su delito, no pudo con igual facilidad repetir el nombre de sus esposas. Ha vivido con cada una de ellas un mes, por término medio, y declara que el obrar de ese modo reconoce una causa: la de vengarse del género femenino entero, al que odia, por la traición que le hizo en su juventud una negrita á quien adoraba. ¡Habrá tunante!

Tapas para la encuadernación del tomo de 1907.

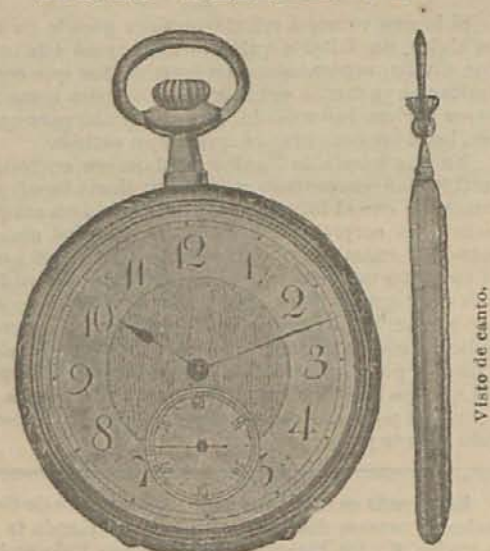
Están confeccionándose ya las elegantes tapas que MUSEO CRIMINAL hace todos los años para encuadernar su colección; lo avisamos á nuestros lectores para que, quienes las deseen, tengan la bondad de hacer los pedidos con la urgencia posible, sirviéndose indicar, á la vez, si prefieren el envío certificadas.

Dichas tapas, que serán de pasta y papel tela, se venden á UNA PESETA, y siendo certificadas, á UNA PESETA VEINTICINCO CÉNTIMOS, advirtiendo que no respondemos de los extravíos en correos de aquellas que no vayan en esta forma.

Gran Relojeria de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

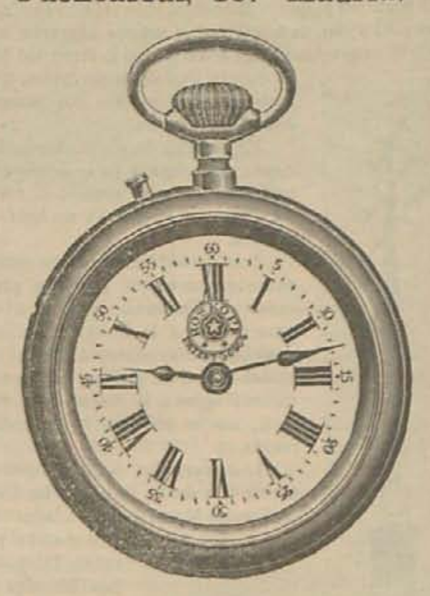


Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** es de me al blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas.**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas**.

En níquel puro, el mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.



¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

En 5 plazos.



Gran novedad.

En el deseo de compl cer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **40 pesetas.**

Idem con doble tapas, **48 pesetas.**

En 5 plazos.



Magnífico reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

En 5 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316